

Si se mira desde la playa situada a sus pies, Tranquility Bay podría confundirse con un hotel de lujo. El centro se alza, solitario, frente a una lengua de arena del sur de Jamaica con vistas al Caribe. Hay que acercarse más para ver a los guardias situados sobre el muro. Tras éste, 250 adolescentes viven encerrados. Casi todos son estadounidenses y, pese a estar allí como prisioneros, ninguno ha sido enviado por orden de un juez o un tribunal. Sus padres pagaron para que los secuestraran y los mandaran aquí, en contra de su voluntad, para permanecer encarcelados hasta tres años. A veces, incluso más.

Inaugurado en 1997, Tranquility Bay no es un campo de entrenamiento militar ni un internado, sino un "centro para la modificación del comportamiento" para chicos y chicas de entre 11 y 18 años. Un periodista de la revista "Time" lo visitó en 1998. Desde entonces, ningún otro medio había sido admitido.

La primera impresión una vez tras pasados los muros de Tranquility Bay es de una tranquilidad desconcertante. Los estudiantes se desplazan en silencio, guiados por guardias, en filas únicas, guardando entre sí una distancia de un metro. Es una operación complicada, porque chicas y chicos deben permanecer separados, y está prohibido que se miren.

Tranquility tiene un lenguaje propio. Los chicos son "machos"; las chicas, "hembras", y están divididos en "familias" de unos veinte miembros. Las familias tienen nombres como Dignidad y Triunfo, y están dirigidas por un miembro del personal conocido como "padre" o "madre". Junto con varios guardias llamados "carabinas", controlan y escoltan a los internos las 24 horas del día.

Antes de enviar a sus hijos aquí, a los padres se les aconseja mantener sus planes en secreto y contratar un servicio de escolta para el momento de anunciarlos. Por ello, muchos de los chicos saben de la existencia de Tranquility cuando les despiertan en sus casas unos guardias que los llevan, esposados si es necesario, hasta el aeropuerto,

donde los escoltarán hasta Jamaica. No están autorizados a hablar con sus padres hasta pasados seis meses. Tampoco podrán verlos durante un año.

Una "hembra" recién llegada podría ser asignada a la familia Reto. Dormirá con todos sus miembros en una habitación desnuda, con camas de tabloncillos de madera que cuelgan de la pared. El día comienza tocando diana. Entonces hay que ponerse en silencio el uniforme y las chancletas y doblar la cama. Tras unos cánticos, la familia debe alinearse para el recuento.

Después, hay que caminar hasta una clase para ver un vídeo de media hora que promueve el crecimiento emocional, que puede versar sobre por qué no se debería fumar. Tras la proyección, la familia es conducida a la cantina para desayunar, también en silencio, un plato de col hervida con pescado mientras se escucha a todo volumen una "cinta inspiradora" que insta, por ejemplo, a comer sano.

Las rutinas matinales varían entre las familias. Algunas se duchan, otras lavan la ropa o se ejercitan. A las 9.30 cada familia es conducida a una clase durante dos horas. En Tranquility se continúa con el programa educativo de Estados Unidos, pero no se imparten clases. Vigilados por carabinas, los alumnos leen los libros prescritos, toman notas y hacen un test tras cada capítulo.

Tras la comida y otra cinta, vienen tres nuevas horas de estudio y un segundo vídeo de crecimiento emocional. Hay un rato para practicar deporte, una reunión de cada familia y una cena con una nueva cinta inspiradora. A continuación se inicia el periodo de "reflexiones", donde se debe anotar lo que se ha memorizado de cintas y vídeos.

No hay tiempo libre ni tampoco intimidad. A las diez, todo el mundo está en la cama. El día siguiente será exactamente igual. Y el otro, y el otro.

"Sí, idénticos", explica Jay Kay, el propietario de Tranquility. "Exactamente idénticos. Ahora sabes -añade, con una sonrisa- por qué los chicos no son felices aquí."



Muchos chicos saben de la existencia de Tranquility cuando les despiertan en sus casas unos guardias que los llevan esposados al aeropuerto

El centro está emplazado en un bello paraje con vistas al Caribe, al sur de Jamaica. A la izquierda, dos alumnas en el tiempo de estudio. Disponen de libros pero no reciben ningún tipo de clase. Un grupo de chicas forma una fila. La férrea disciplina no permite el mínimo gesto de desobediencia. Si eso ocurre, los guardias los conducen a un cuartito vacío donde les obligan a estar boca abajo 50 minutos

Tranquility Bay es uno de los once centros afiliados a una organización con sede en Utah llamada World Wide Association of Speciality Programmes (Wwasp). Jay Kay tiene 34 años y es hijo de uno de sus directivos. A los 27 montó Tranquility Bay. No acabó la universidad, ni tiene ningún tipo de cualificación, pero no cree que esto sea importante. "La experiencia es lo que importa. ¿Soy un educador experto? No. Pero sé cómo contratar a gente y hacer el trabajo." Este lugar es básicamente un campo de detención privado, pero difiere en un aspecto importante: cuando un tribunal condena a un joven, la sentencia tiene un término, mientras que aquí nadie llega con una fecha de salida. Los estudiantes son considerados aptos para irse sólo cuando han demostrado que creen sinceramente que merecen estar aquí y que el centro les ha salvado la vida.

Un elaborado sistema de recompensa y castigo ha sido diseñado para lograr este

cambio. Para poder "graduarse", los internos deben avanzar del nivel 1 al 6 a base de puntos. Cada aspecto de su conducta se evalúa diariamente y, a medida que acumulan puntos, adquieren privilegios.

En el nivel 1 está prohibido hablar, levantarse, sentarse o moverse sin permiso. Cuando se alcanza el 2, se puede hablar sin autorización previa. En el 3, es posible llamar a casa. Los niveles 4, 5 y 6 implican privilegios como llevar ropa distinta o comer una chocolatina

Cuando llegan a Tranquility Bay, muchos internos no pueden creer que no tienen alternativa a la sumisión. En estado de choque y enfadados, hay quienes, simplemente, no obedecen. Es entonces cuando descubren la única alternativa aquí. Los guardias los llevan a un cuartito vacío donde les obligan a tumbarse boca abajo. Siempre vigilados, se les obliga a permanecer así, sin moverse ni hablar, durante cincuenta minutos segui-→